

Borges y Dante

La suma de los azares dispuso que un día me llamaran para colaborar con Jorge Luis Borges en uno de sus últimos libros: *Nueve ensayos dantescos**, un encuentro del poeta argentino con algunos momentos de la *Divina Comedia*. Durante algún tiempo nos reunimos para escribir juntos ese libro: Borges pensaba y dictaba; yo escribía a máquina. No quiero referirme ahora a esa obra que me fue tan próxima. Ni siquiera a ciertos recuerdos personales que acrecentarían el caudal de testimonios sobre Borges y un anecdotario incesante. Ya podré, supongo, evocarlos más adelante.

Sólo me interesa en esta ocasión delinear algunas semejanzas y distingos entre Borges y Dante. Plutarco de Queronea no hubiera aprobado este experimento, pese a su carácter de inocua divagación. Muchos siglos separan a ambos escritores, un ambiente cultural del todo diverso los circunda. Pero es atractivo preguntarse por qué un hombre se siente llamado por otro siglos después.

El interés de Borges por Dante no tiene nada que ver con el que ha impulsado a legiones de autores eruditos. Borges se aproxima a Dante en aquello que le interesa. Nada más fútil que criticarlo —como lo hizo algún especialista en reseñas bibliográficas en un diario porteño— por haber asediado a la *Comedia* sin llegar a la «posesión reveladora». Con mayor agudeza, Marcelo Moreno ha señalado que «Imaginar en Dante, a quien se ha hecho objeto de múltiples interpretaciones de corte teológico, a un escéptico preocupado sólo por la forma de su poema constituye una audiencia no intentada hasta Borges». Ni Borges ni nosotros, claro está, nos limitamos a la preocupación por la forma. A Borges le interesaban, desde mucho antes de escribir este libro, Ugolino, Francesca, el venerable Beda, el simurgh, la relación Dante-Beatriz, Browning, esto es, personas y asuntos que están dentro y fuera de la *Comedia*. Le interesaban, por cierto, los temores y los sueños de Dante. Y encontró en el gran poema un excelente bastidor para dibujar y meditar sus propias inquietudes. Dos prosas breves recordaban ya a la *Comedia* en la obra borgiana: *Inferno I, 32* y *Paradiso XXXI, 108* son páginas de *El Hacedor*.

Por más restringido que supusiera su marco, no hubiera imaginado un posible cotejo entre ambos personajes sin el auxilio de una conocida frase de Boccaccio sobre su ilustre compatriota: «Fue nuestro poeta de ánimo altanero y muy desdeñoso.» ¿Podría referirse a Borges de modo semejante un argentino de nuestro tiempo? Las palabras no resultarían extrañas y algunos compartirían el juicio. Es posible que no

* Editado por Espasa-Calpe en Madrid (1982), con introducción de Marcos Barnatán y prólogo de Joaquín Arce (N. de R.).

lo hubieran hecho en tiempos de menor fama de Borges. Es cierto que hoy éste no puede ocuparse con seriedad de todo lo que produce nuestra literatura y que su prestigio en el mundo estimula no pocas envidias. Su permanente culto a la paradoja y su perseverancia en el humor han irritado a muchos, especialmente a sus transitorias víctimas, hasta la esforzada e inútil controversia en las «cartas de lectores» de los diarios. Tampoco a Dante —basta leer la *Comedia*— le sobraron amigos.

El Alighieri vivió activa y apasionadamente la difícil política de su tiempo y compartió responsabilidades de gobierno. No dejaron de encandilarle algunos personajes, como Enrique VII de Luxemburgo, presunto «restaurador» de la ley natural. Borges ha ironizado las más de las veces sobre esos temas y hasta se afilió al partido conservador, el menos capaz, a su juicio, de suscitar fanatismos. Pero siempre ha dejado claro su mayor desprecio por los autócratas —Rosas, Perón, Franco, Hitler, etc.— de modo congruente con su repudio al último régimen militar argentino (¿de veras el último?, ¡ojalá!), en este caso tras un lapso de adhesión, quizá motivado por un antiperonismo a ultranza que le hizo aplaudir el golpe de 1976 sin sospechar los lazos que han unido siempre en la Argentina —más allá de antinomias formales y aun de sacrificios personales— al militarismo con el peronismo, engendrado éste en su obra por un militar convencido de los atributos de su casta.

Es curioso comprobar el paralelismo entre la aversión que sintió Dante a la irrupción política del *primo popolo* (la pequeña burguesía de entonces) y la que siempre ha evidenciado Borges ante el peronismo, unido éste a la condición paradójica, aunque poco borgiana, de movimiento con vocación mayoritaria pero de espíritu muy dudosamente democrático.

En un mundo más limitado, el escenario de Dante es siempre Florencia, culposa y condenada pero único ámbito posible, aunque se dice que fueron los duros paisajes de Les Baux, en Provenza, los inspiradores del *Infierno*. Si Florencia es la anti Jerusalén celeste, en Borges el escenario argentino no es el único ni tampoco es pretexto para ninguna faena moralizadora. Dante es impensable sin Florencia; Borges quizá pensó a Buenos Aires con mayor originalidad que ningún escritor «localista». Puede también decirse que Dante fue un crítico mucho más enconado de su tierra que Borges de la suya, aunque esta conclusión no sea grata a muchos oídos. Dante, *bannito* de Florencia, atacó rudamente a su país: *Ani serva Italia, di dolore ostello | nave senza nocchiere in gran tempesta | non donna di provincia, ma bordello!* (*Purg*, VI-76). Y si Dante es el exiliado insigne —*l'essilio che m'e dato, onor mi tengo*—, Borges, viajero incansable, vuelve siempre a su ciudad natal y ya en su juventud juzgaba ilusorios los años pasados lejos del Plata. Finalmente, suena a ridículo tildar de extranjerizante a cualquiera de los dos. Pero se ha hecho.

Estamos ante dos grandes poetas «imaginativos». Con razón podría aplicarse a la obra de Borges este juicio referido al Alighieri: «Si dar valor imaginativo a algo es la tarea mínima de un poeta, dar valor imaginativo a todas las cosas y al sistema de las cosas es evidentemente su máxima faena» (J. Santayana).

Dante es religioso, al menos forma parte de un mundo donde no se concibe no serlo. También se interna en estudios esotéricos. A Borges éstos le interesan, pero los

contempla como curiosidades, a veces prodigiosas, y descuenta que las muchas oraciones de su madre le habrán ya procurado el acceso al cielo, si existe.

El tema siempre vigente de los derechos humanos —saludable recordatorio en la Argentina, después de ciertas horribles experiencias— me sugiere que el canto IV del *Infierno* atestigua una dantesca admiración por un monarca sanguinario que se complacía con las ejecuciones: *e solo, in parte, vidi'l Saladino*. Varios especialistas, para inculpar o absolver a Dante, se han ocupado de la cuestión. Entre las grandezas y miserias del medievo, el respeto por las vidas ajenas no era un valor en sí mismo resguardable. Con mayor hipocresía, nuestra época, cruel como todas, sostiene lo contrario. Al menos, nos han enseñado que es lícito pensar así. Por eso me parece favorable que Borges, aunque ha exaltado al valor y a ciertos militares (los de la guerra de la Independencia y antepasados suyos la mayoría), nunca ha ensalzado a personas o hechos crueles.

¿Y el amor, que mueve al sol y las demás estrellas? La *Comedia* es una vasta construcción por cuyo intermedio Dante dejó testimonio de un amor no compartido. Así opina el propio Borges: «Yo sospecho que Dante escribió el mejor libro que la literatura ha alcanzado para intercalar algunos encuentros con la irrecuperable Beatriz». Aunque pocos, los más conmovedores versos de Borges delatan una pérdida amorosa; quizá el mejor ejemplo es el soneto *Al que está solo*, luego rebautizado, en compañía de otro no menos bello, con un nombre cuya clave sólo posee el autor, sus mejores amigos, sus biógrafos y, desde luego, su destinatario: 1964. También importa mucho, en este orden de cosas, el verso con el que, ya septuagenario, cierra su poema *El amenazado*: «Me duele una mujer en todo el cuerpo.» No diremos mucho más: parece cierto que tanto para Dante como para Borges el amor no fue un juego, tampoco la marca profunda que deja en algunos como una realidad lacerante (al modo de *La Nouvelle Héloïse*); en suma, que para ellos el amor no fue fácil.

De alguna manera, Borges ha vislumbrado que la rueda de la fortuna, en los siglos por venir, le deparará una suerte parecida a la del Alighieri: infinitas disquisiciones, críticas más o menos eruditas, tiempos más venturosos que otros en la estimación de las gentes, un alto sitio sin duda. Esta aproximación suya al gran florentino supone un puente para los seis siglos que la historia ha querido intercalar entre dos hombres excepcionales. Y una ventaja para los lectores del futuro: Borges ya ha dicho lo suyo sobre Dante. Si los grandes escritores del pasado pudiesen, en cambio, juzgar a los del presente, nos llevaríamos algunas ingratas sorpresas. Pienso, sin embargo, que con Borges serían especialmente indulgentes, pues lo tratarían como a un amigo sin tiempo, como a un fruto puramente casual del siglo XX, no abrumado por sus complejos y supersticiones.—JORGE VEHILS (*Av. Córdoba, 1336, 9.º p. 1055. BUENOS AIRES, Argentina*).